



VOL: AÑO 6, NUMERO 17
FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1991
TEMA: CAMBIOS CULTURALES
TITULO: **Entre la tradición señorial y la modernidad**
AUTOR: *Nora Pérez-Rayón E. [*]*
SECCION: Artículos

RESUMEN:

A partir de análisis que centran su interés en lo que puede denominarse "sociología de lo cotidiano" "historia de las mentalidades" ó "procesos de civilización" se pretende analizar la cosmovisión de una élite que por un lado conserva tradiciones, valores y mitos, y por otra parte se siente la vanguardia en el proceso de modernización que se lleva a efecto en México durante el período de Porfirio Díaz. La "modernidad" planteada por los "científicos" porfiristas y los valores asociados a la misma nos proporcionan algunas ideas interesantes y útiles en la comprensión de pautas de comportamiento, líneas de continuidad y rupturas propias de los actuales proyectos de "modernización" neoliberales de este complejo y cambiante fin de siglo.

ABSTRACT:

Between the Stately Tradition and the Modernity.

Starting from the analysis that centers the interest in what may be call "sociology of the daily", "process of the civilization" and "history of the minds", it is pretended to analyze the general vision of an elite that on one side conserves traditions, values and myths, and on the other, assumes to be the vanguard in the process of modernization that is effectuated in Mexico during the period of Porfirio Díaz. The "modernity" expounded by the porfirist "scientists" and the values associated to it, give us some interesting and useful ideas in the understanding of the patterns of behavior, lines of continuity and ruptures propers of the neoliberal actual projects of "modernization" of this changing and complex end of century.

TEXTO

Las últimas décadas del siglo XX se caracterizan por una crisis de valores y por el cuestionamiento de una mentalidad y una cultura en busca de nuevos marcos de referencia.

Conceptos como tradición, modernidad, transición, que han sido objeto de debate, ya plurisecular, continúan en la mesa de las discusiones; su aportación a la comprensión de determinados fenómenos sociales sigue siendo útil, a condición de que se precisen los contenidos específicos de los mismos, en ámbitos espaciales y temporales precisos.

Un desarrollo económico integral y una democracia política real se plantean como demandas a alcanzar en un futuro próximo. Los valores tradicionales no necesariamente

son obstáculo a la modernización, así como no todos los valores que rodean a esta última son necesariamente el mejor camino.

A partir de análisis que centran su interés en lo que puede denominarse "historia de las mentalidades", "la sociología de lo cotidiano" o los "procesos de civilización" se pretende analizar la visión de una élite, que por un lado conserva tradiciones, valores y mitos, y por otra parte se siente la vanguardia en el proceso de modernización que se lleva efecto en México durante el período de Porfirio Díaz (1877-1911).

El historiador Norbert Elias, plantea la importancia de la investigación de procesos sociales y de evolución de estructuras en el largo plazo, vinculando los cambios en la estructura social con los que se producen en la estructura de la personalidad. Este proceso civilizatorio por el que transitan las sociedades occidentales a través de siglos, se define como el cambio estructural de los seres humanos en la dirección de una mayor consolidación y diferenciación de sus controles emotivos y con ello también de sus experiencias y de su comportamiento. Las estructuras psicológicas individuales y las "composiciones" formadas por muchos individuos interdependientes que conforman las estructuras sociales, son y están en perpetuo cambio. Los cambios son rasgos inherentes a las sociedades. La secuencia estructural de un cambio continuo debe ser el marco de referencia a la investigación. [1]

El modelo y las pautas de comportamiento y control de emociones pueden ser distintas según las clases sociales de que se trate en una sola sociedad. Así, este autor analiza el comportamiento de las cortes aristocráticas europeas en la época del absolutismo y concluye resaltando la necesidad que tienen las clases superiores de contar con pautas de comportamiento -modales de urbanidad- que los diferencien y prestigien frente a las clases inferiores. El proceso a través del cual se van interpenetrando los códigos de comportamiento y valores de la nobleza y de la burguesía en ascenso varían según países y épocas; en algunos casos los modelos cortesanos se perpetúan de modo más directo e ininterrumpido, como instrumento de prestigio y medio de dominación.

Desde otra perspectiva, el sociólogo francés Michel Maffissoli, plantea la reivindicación de una sociología que pudiera conceptualizarse como "romántica" dándole a este término el sentido más amplio; ello implica una actitud de pensar en términos de una globalidad, que rehúsa la discriminación entre aquello "que sería lo importante", de aquello "que no lo sería ...". Propone una sociología desde adentro, más bien una perspectiva de análisis a partir de la acentuación de la sociabilidad, lo imaginario o lo cotidiano. Una actitud atenta a todos los aspectos que constituyen lo social. Para cada objeto de análisis se recurre a diversos ángulos de ataque. [2]

Se acepta que el conocimiento tiene grados diversos. Se trata de proceder por acercamientos concéntricos, por sedimentaciones sucesivas, aceptando incompletos o algunas, y comprendiendo que la investigación "indirecta" de la verdad es a veces mucho más fecunda que el tratamiento directo.

Cuando Maffissoli se refiere a la sociología de lo cotidiano, reconoce la necesidad de una pluralidad de enfoques que reflejen la imagen de la multiplicidad social, y que al mismo tiempo estén atentos a todos aquellos aspectos que habían sido relegados en el proceso de observación científica; estos últimos tienen que ver con el sueño, el juego, la teatralidad, el ritual, la imaginaria en general y no pueden ser tenidos por marginales, la sociología debe darles carta de legitimidad. Hay que relativizar las verdades monolítica y universales descubriendo lo cualitativo y lo cotidiano.

Cada época comprende un conjunto de representaciones que le sirven de referencia. Hay un estilo de lo cotidiano hecho de gestos, palabras, de obras en mayúscula y minúscula, nos señala este autor. Frente a la red de la vida corriente, que se teje de mil hilos entrecruzados, el pensamiento debe hacerse dinámico, cuestionar certidumbres y dogmas. "Rechaza el imperialismo de la razón por reduccionista" y plantea que la sociología de lo cotidiano lo relativiza. No se puede reducir la vida social al sustrato económico, a fundamentos psicológicos o a la dimensión política... Hay que repensar valores y lo que Durkheim llamó "la interpenetración de las conciencias" que encontramos en el fondo de los mitos, las ideologías y las representaciones que permiten la permanencia de la sociabilidad.

Por último quiero referirme a un autor latinoamericano, José Luis Romero [3] quien citando a Ortega y Gasset, señala que al lado de las ideas sistemáticas, hay un enorme caudal de ideas no susceptibles del análisis riguroso. Por lo general son estas relativamente más simples, pero se refieren a problemas inmediatos, que constituyen el patrimonio de todos... Son ideas, opiniones, creencias, marcadas con ese fuerte signo social que es el consenso. Son operativas, vigentes, actúan. (Romero, 1989: 13).

El campo de las mentalidades no es el del pensamiento sistemático, sino el de ese caudal de ideas, que en cada campo, constituye el patrimonio común. La mentalidad es algo así como el motor de las actitudes. De manera poco racional -a veces inconciente o concientemente- un grupo social se plantea de una cierta manera ante la muerte, el matrimonio, la riqueza, la pobreza, el amor, el trabajo... Hay en el grupo social un sistema de actitudes y predisposiciones que no son necesariamente racionales, aunque quizás lo fueron alguna vez, pero que tienen una enorme fuerza porque son tradicionales.

En lo que comúnmente se llama realidad, nos advierte Romero, se puede distinguir la estructura real de la estructura ideológica. El análisis histórico consiste precisamente en estudiar cual es la relación compleja y dialéctica, entre la estructura real y la ideología, o sea entre las cosas, lo que hay, lo que pasa y la imagen que el individuo se hace de ellas, y el proyecto que imagina a partir de esa imagen...

La mentalidad burguesa es producto de un proceso histórico. Nace en los intersticios de la sociedad feudal y cristiana; permanece inicialmente aislada, sin contaminar a los campesinos ni a las clases señoriales; pero progresivamente va avanzando; las viejas clases aristocráticas se aburguesan y viceversa. A lo largo de su desarrollo, la mentalidad burguesa ha estado siempre hostigada, primero por la mentalidad señorial, nostálgica y aristocratizante y luego por el disconformismo.

Las estructuras son históricas y cambian. En ocasiones dos o más estructuras -una tradicional y otra moderna- coexisten y se influyen recíprocamente, tanto en el plano de las relaciones reales como en el de las opiniones. (Romero, 1989:28).

La mentalidad burguesa aparece en un mundo en que las burguesías, son pequeños grupos insignificantes, marginales, sin prestigio, ni poder, éste solo lo alcanza en cierta medida cuando empiezan a amasar grandes fortunas. El sistema de actitudes y de pensamiento de la naciente burguesía y que configura su mentalidad surge en desafío a una vigorosa mentalidad cristiano feudal preexistente. Así la mentalidad burguesa nace con una suerte de complejo de inferioridad.

Los códigos de valores se enfrentan, la estructura tradicional resiste, pero también concede y tranza. ¿Cuáles son estos valores señoriales tradicionales?

Una cierta imagen de la realidad permanentemente entrecruzada con lo irreal; la idea de que el destino del hombre es trascendente, este mundo es insignificante, el único destino legítimo del hombre es salvar su alma inmortal; la sociedad es conformada de acuerdo con un orden jerárquico; la estructura socioeconómica es estática (todo esto escrito, revelado en los Libros Sagrados, tiene un fundamento sobrenatural y es inamovible.

Desde el siglo XI y el ritmo de la formación de una nueva estructura socioeconómica se constituye un nuevo tipo de mentalidad que se caracteriza por:

Todo lo que constituye la concepción burguesa de la vida reconoce siempre un origen experiencial, es en la experiencia donde se elaboran las normas morales, los principios de vida, las normas de legitimidad, que luego progresivamente se irán elaborando en forma más abstracta. Sin embargo, un cierto caudal de contenidos e ideas tienen un origen mucho más antiguo y adquieren una nueva significación; así en este proceso se incorporan a la mentalidad burguesa un conjunto de nociones e ideas provenientes de la tradición cristiana y de la clásica.

El desarrollo del conocimiento científico repercute en las ideas sociales y religiosas. Dios puede haber creado la naturaleza pero esta tiene sus propias leyes. De la casualidad por fuerzas sobrenaturales se pasa a la explicación racionalista, la razón será la nueva fuente de legitimación.

Junto a una nueva imagen del mundo y la naturaleza surge una nueva imagen del hombre que resalta el individualismo y el libre albedrío, el valor de la razón y la experiencia.

Según la imagen propia de la tradición cristiano feudal, la sociedad se compone de privilegiados y no privilegiados. Los privilegiados son legítimos y abarcan la totalidad de las funciones que el individuo cumple dentro del grupo social. El privilegio tiene consenso, es decir que hay vastos sectores no privilegiados que prestan su consentimiento a aquel que monopoliza los privilegios: la posesión de la tierra y el derecho a obtener trabajo gratuito. Cada grupo tiene una función particular en esta sociedad jerárquica respaldada por una teoría del poder basada en el origen divino. Se trata a su vez de una concepción paternalista del poder que hace de aquel que lo detecta un hombre obligado a sus súbditos por razones religiosas y morales y debe protegerlos como el padre a sus hijos.

Estas ideas acerca de la sociedad el principio del privilegio, el sentido del servicio en el ejercicio del poder se perpetuaron mucho tiempo en la concepción burguesa.

Se forma conciencia de que la sociedad es inestable y dinámica; no obedece a un orden jerárquico preestablecido. El ascenso económico implica el ascenso social. Las formas de vida propias de la burguesía requieren también de un sistema de normas nuevo que se relacionan con la vida familiar, económica, las formas de cortesía o respeto mutuo ante una convivencia más estrecha. Se va conformando una nueva moral burguesa que incluye puntos críticos sobre la riqueza y el trabajo.

Se trata de un pensamiento sistematizado en el siglo XVIII que tuvo vigencia en el siglo XIX y que fue la mentalidad de todas las élites progresistas de ese siglo por su coherencia, particularmente en el seno de burguesías cultas.

El desarrollo de la ciencia y la tecnología, en un mundo que avanzaba rápidamente hacia formas de producción capitalista, posibilitó la creencia sobre marcha de la humanidad en un camino lineal hacia un progreso generalizado.

Después de mediados del siglo XIX la mentalidad burguesa, individualista y profana, se hace cargo de que el proceso industrial acelere el cambio social tanto como el tecnológico y que este proceso es imposible de detener a menos que se le ponga un freno. Por un lado el positivismo y el darwinismo social funcionaran como tales, y por el otro, un sector social de la burguesía se hace religioso. (Por un lado están Marx, Darwin y Freud y por el otro se declaran dogmas de fe: La Inmaculada Concepción y la Infalibilidad Papal).

Esta mentalidad burguesa que aparece sólidamente cimentada para fines del siglo pasado y las primeras décadas del presente, empieza a verse sacudida, cuestionada, puesta en tela de juicio después de la I Guerra Mundial.

En un proceso de larga duración las concepciones y valoraciones forjadas a lo largo de generaciones históricas van siendo erosionadas con distintos ritmos, desde distintas trincheras. Pero en particular, los últimos años han sido testigos del derrumbe de estructuras valorativas legitimadas y promisorias. Las propuestas alternativas están en proceso de gestación.

En este ensayo nos avocaremos al estudio de la mentalidad y la cultura de una élite en un período de transición y cambios acelerados: la oligarquía porfirista. A través de un somero análisis de algunos aspectos de su cotidianidad, sus valores y su actitud frente al Estado, pretendemos acceder a su cosmovisión y comprender las formas específicas de articulación entre concepciones vinculadas a la tradición histórica con las derivadas del sentido de la modernidad propio de la época.

A la distancia de casi un siglo ¿qué elementos y características perduran, desaparecen, se refuncionalizan en el entrelazamiento de comportamientos y valores viejos y nuevos?. Sin pretender aquí hacer un análisis de la realidad actual, solo apuntaremos algunas consideraciones que sobre la misma nos sugiere esta visión del pasado.

I.- La élite porfirista y la vida cotidiana

Si todos los hombres hacemos más o menos las mismas cosas en el ámbito privado y en el marco diario, la manera como las hacemos, resulta altamente reveladora de realidades y situaciones mas difíciles de percibir en otros terrenos (Alberro, 1989:19).

Ahora bien, partimos de la base que en una sociedad determinada, en un período histórico delimitado, un sector social asume un conjunto de comportamientos y actitudes que lo identifica, integra y diferencia del resto de la sociedad. Así lo que llamamos la élite porfirista constituía un sector de la población mexicana, minoritario, que concentraba el poder y la riqueza promoviendo y beneficiándose del proceso de modernización de la economía y de las consecuencias de la transformación capitalista del país a través de su inserción en la economía mundial.

La oligarquía no constituía un bloque monolítico, sus fuentes de acumulación de capital y sus pautas de inversión la diferenciaban; sus bases geográficas de carácter regional o nacional le imprimían especificidades; sus formas de vinculación con el poder político asumían características particulares determinadas por las formas de inserción en las redes del poder constituidas alrededor del Ejecutivo.

Sin embargo, gran parte de la élite, compartía una visión de la realidad circundante, del país y del mundo; así como normas, valores y formas de comportamiento. Es en este último aspecto donde nos detendremos a continuación.

Integraban la "alta" sociedad mexicana de fines de siglo: hacendados, comerciantes, banqueros, industriales, en síntesis un sector social que se encontraba inmerso en un proceso de transformación; se conformaba "una burguesía nacional" donde confluían pautas de comportamiento económico, social y político en las que se entremezclaban características señoriales típicas de sociedades precapitalistas con rasgos y matices ya propios de la modernidad.

"Las estructuras mentales son prisiones de larga duración", decía Braudel, y es en este terreno donde se entrecruzan la mentalidad señorial y la mentalidad burguesa.

Para 1890 muchos mexicanos creían que el país había alcanzado el progreso. Con la confianza brindada por la tranquilidad política y los primeros éxitos económicos, adoptaron con renovada satisfacción nuevas actitudes. [4]

Además de en la política y la economía donde se observaba el mismo entusiasmo, en el auge de los deportes y entretenimientos se podía contemplar con claridad ciertos cambios en el comportamiento social. En este campo las opciones que se ofrecían a la comunidad implicaban la manifestación de un alto grado de voluntarismo. Se podía optar por ir a los toros o a las carreras de caballos; ir a la ópera o a la zarzuela; montar a caballo o en la intrépida bicicleta.

La influencia cada vez mayor de la comunidad extranjera en México, se reflejaba también en la vida social, en las comidas, las fiestas, los bailes, el teatro y los deportes.

Durante el último tercio del siglo XIX surgieron en América Latina, en casi todos los países, clubes oligárquicos, primero bajo la influencia británica como fue el caso del Jockey Club, en México fundado en 1881, y después promovidos por otros grupos extranjeros como los españoles y por la propia élite nacional y local. Subvencionado por el gobierno, el Jockey Club ocupó a partir de 1896 la fastuosa Casa de los Azulejos (hoy Sanborns de Madero).

El presidente de la Junta Directiva del Jockey Club fue mucho tiempo el propio Ministro de Hacienda José I. Limantour. La Secretaría de Fomento concedía el subsidio para las carreras de caballos de interés fundamental en el surgimiento y desarrollo del Club.

Los clubes no se limitaron a una función de punto de encuentro para los miembros de la oligarquía; fueron también el lugar donde se discutían en privado los negocios, donde los agentes del capital extranjero tenían ocasión de conocer y escoger abogados autóctonos para sus firmas comerciales. También allí se proyectaban las alianzas matrimoniales y se buscaba solución a las discrepancias políticas. (Pérez-Rayón, 1989: 24-25).

La élite se interesaba sobre todo por las carreras de caballos, el polo y el ciclismo.

Las carreras de caballos eran acontecimientos sociales donde se reunían "las mejores familias", asistentes frecuentes eran el gobernador del Distrito Federal, varios ministros, miembros del Congreso y las damas notables de la ciudad que asistían regularmente a las carreras. La banda presidencial amenizaba algunos de sus eventos. Se apostaban grandes sumas de dinero.

Cualquier tipo de juego -se jugaba mucho- y las carreras en especial, eran escenario para ostentar tanto riqueza como valor y estoicismo ante los avatares de la fortuna, valores estimados en la sociedad porfirista. [5]

Andar en bicicleta era una modalidad que conformaba el temperamento de los tiempos, una manía, una obsesión. El ferrocarril señalaba el ingreso de la sociedad a la tecnología; la bicicleta señalaba el mismo fenómeno pero a nivel individual como las computadoras hoy en día. Al comprar una bicicleta el mexicano aprendía a manejarla, componerla, correr en ella, cambiarla. Aceptaba así, tecnología, producción masiva, desgaste y otros valores que hacían la vida moderna (Beezley, 1987: 41- 52).

Un símbolo de la modernidad y el progreso lo constituye en este siglo el automóvil. Alrededor de 1906 en la Ciudad de México había unos 400 automóviles registrados y desde 1907 el "Automóvil Club" representaba el nuevo espíritu de la época. Los coches eran en su mayoría importados y de las mejores marcas. Se distinguían los de Pablo y Manuel Escandón. Los coches de Ignacio de la Torre (yerno de Porfirio Díaz) eran llamativos: copia exacta de los del Kaiser, color azul y ruedas anaranjadas, y los cocheros, también ingleses, llevaban siempre librea y calzón corto con grandes escudos. (De la Barra, 1979:77-78 y Casasola, 1971: 1660-V-III).

La arquitectura residencial se desarrolla en el Paseo de la Reforma, en las colonias Juárez y Santa María la Ribera... Se abandonan viejos barrios para ponerse a la "moda".

Las residencias imitan los estilos europeos en arquitectura, proliferan el neogótico, el neoclásico. "Ardua labor intelectual la del arquitecto de aquella época, que tenía que documentarse, copiar y a veces inventar los usos y costumbres de los pompeyanos o de los visigodos ..." (Guerra, 1974: 206).

Otro indicador a través del cual podemos adentrarnos en el conocimiento de un sector social es revisando sus hábitos alimenticios. La comida era uno de los grandes placeres de la época para la élite. Había predilección por la comida francesa pero no faltaban platillos españoles o mexicanos, se preferían los vinos importados. [6]

Se organizaban con frecuencia "tertulias", reuniones de parientes y amigos, y elegantes bailes reseñados en las columnas de sociales de los diarios. La expresión "asistió todo México" utilizada en las reseñas sociales es muy reveladora de su concepción de país.

Las fiestas en honor del General Díaz se celebraban con grandeza y los salones se decoraban con ostentosas escenografías que transformaban las casonas en selvas con lodo y leopardos y águilas vivas, o en jardines de la Alhambra (Valadez, 1977: 25-VIII).

Costumbres extranjeras van invadiendo el país como la de festejar el primero de enero que antes era un día igual a todos y a partir de entonces en cada casa en Paseo de la Reforma hay una fiesta. Se sustituye el tradicional "viva" por el importado "hurra". La nueva moda es el five o'clock tea, como en Inglaterra, con la presencia de personas de "nuestra mejor sociedad." (Valadez, 1987:11 27-28 y El Imparcial, 8/III/1909:3).

La ópera fue el espectáculo preferido de la "antigua aristocracia y la nueva burguesía" según González Navarro (González Navarro, 1973:749). También asistía a los mejores teatros a ver sobre todo obras de artistas extranjeros. [7]

Aunque en la Ciudad de México había permanentemente funciones de teatro en los que trabajan compañías de drama y zarzuela; y tres circos, lo más concurrido eran las corridas de toros. Prohibidas algunos años al principio de la dictadura de Díaz, fueron después nuevamente autorizadas, concurrendo ahí en "sol" o "sombra" los diversos representantes del complejo enramado social.

Algunas diversiones ocasionales de la clase alta giraban en torno a la cacería. [8] Manuel Escandón nos relata en su diario una de estas que hizo en compañía del propio Presidente Díaz, en México; vástagos de las familias más acaudaladas como los Escandón Barrón solían ir de caza menor en los cotos de Escocia, Austria y Hungría. (Marqués de Villavieja, 1936).

Ocasionalmente la oligarquía planeaba viajes a Europa, por meses y con toda la familia, incluida dama de compañía y criadas particulares, se hospedaban en los mejores hoteles. (León de la Barra, 1979: 61-64).

Algunos miembros de familias pudientes pasaban largas temporadas en Europa, y un número considerable hicieron de París su residencia permanente. [9] Incluso hubo quienes compraron un castillo. [10]

Los mexicanos ricos de la élite con frecuencia habían estudiado en colegios ingleses u otros europeos que les sirvieron de base para establecer contactos con la realeza y con sectores pudientes; el jet set continental de la "belle époque".

Los Escandón y sus primos hermanos los Barrón tenían estrechas relaciones sociales con el Barón de Rothchild (de quienes los primeros eran vecinos en Seine-Marne); con la realeza española (Manuel Escandón y Barrón se casa con Tolita Salamanca, hija del Marqués de Salamanca, uno de los hombres más ricos de España). Sus primos hermanos del lado materno, los Barrón, se casan, Fanny con el Conde Charles de Fitz James; Contance con Thomas Baring, cabeza de la poderosa institución financiera inglesa Baring Brothers y Cía.; Agnes Barrón con el Barón ruso de Stoeckl. (Marqués de Villavieja, 1936: 96, 100, 112-113).

El gobierno de Díaz trató de regular las festividades populares que implicaban desorden y falta de control. Así "las quemadas de Judas", que se realizaban en la zona céntrica de la ciudad hasta principios de la década de 1890, fueron relegadas a zonas periféricas de carácter popular. La oligarquía apoyó la transformación de estas festividades promoviendo desfiles florales el sábado de gloria, pues estos eran más ordenados y fácilmente controlables.

La clase alta mexicana, a partir de los años de 1890, celebraba el fin de la Semana Santa con desfiles de carros, bicicletas y juegos de baseball. Los desfiles expresan orden, disciplina y comportamiento regulado que despliega una sociedad dividida en rangos y que responde inmediatamente a la autoridad. [11]

Vemos pues, como en la cotidianidad, se reflejaba el impacto de la incorporación del país a la economía mundial y al proceso de modernización capitalista. Dicho impacto afectó en forma diferencial a sectores sociales y a regiones geográficas. Las élites urbanas fueron las primeras en recibir el oleaje, pero aún en ellas convivieron diversiones y deportes del viejo y nuevo cuño, tales como el gusto por las corridas de toros y las bicicletas, las haciendas y las mansiones de estilo italiano o francés, los moles tradicionales y el "filet de boeuf".

Se observa una tendencia creciente en los sectores elitistas de imitar las costumbres e ideas de sus contrapartes extranjeras y valorarse a través de ellas, ya sea en su vertiente aristocratizante o racional burguesa.

II.- Valores: familia, religión, riqueza, honor, amistad, educación.

El régimen porfirista dio a la nación una generación de estabilidad y una paz social, que aunque evidentemente hizo uso de variadas formas de represión, gozó también de un amplio margen de consenso.

La paz, después de décadas de violencia, guerras civiles, intervenciones extranjeras e inseguridad, era un anhelo que cruzaba las clases sociales.

En la base de esta paz esta la red de alianzas que se tejen entre las oligarquías locales, algunas de las cuales devienen nacionales, y el poder ejecutivo que por diversos mecanismos va centralizando el poder político del estado nacional a cambio de privilegios particulares.

¿Qué es lo que se entiende por modernización, qué contenidos específicos se dan a este término?

La modernización implica el objetivo de construir un estado nación, sólido y un desarrollo económico que se expresa en líneas de comunicación-ferrocarriles, telégrafo, teléfono-aumentos fundamentales en la producción, uso de maquinaria y métodos de tecnología novedosa, incorporación al mercado mundial de mercancías y capitales; luz eléctrica, cinematógrafo, tranvías, automóviles....

El desarrollo plantea la necesidad de impulsar una nueva ética que consigue el aval del conjunto de la élite. Una ética que reconoce el valor del trabajo, la legitimidad de la búsqueda de ganancias y riquezas, la importancia del ahorro y la frugalidad, la conducta mesurada y la abstinencia alcohólica, la importancia de la higiene...

Este progreso era una meta consciente y presente, que se planteaba como fin a conseguir, sin alterar en lo sustancial la estructura social, ni los mecanismos tradicionales de dominación política. El grupo de los científicos intenta en 1892 y en 1903 algunas reformas al sistema político -buscando una democratización restringida- pero sus propuestas no fructifican y de hecho su exclusivismo y su alejamiento de las bases sociales van a contribuir al colapso del régimen.

La lealtad hacia las autoridades superiores a quienes debían sus cargos, más que la responsabilidad civil, era norma de comportamiento en los cuadros dirigentes y que Molina Enríquez describa como el sistema de "amistad personal". [12]

La amistad era un valor fomentado a través de una activa vida social. La élite como ya vimos sociabilizaba constantemente, obviamente entre sus pares ya que cada vez se establecen parámetros más claros de exclusividad con pretensiones aristocráticas que diferencian a estas minorías en su forma de vestir, comer y divertirse de las mayorías.

El propio gobierno sufre un proceso de "aristocratización" al que no es ajeno la esposa del General Díaz, Carmen Romero Rubio, quien proveniente de las familias de "abolengo" dama fina, educada y religiosa, "civilizó" al general tuxtepecano a quien enseñó las buenas costumbres y las normas de urbanidad adecuadas a grupos elitistas.

Pablo Escandón y Barrón va a ser nombrado Jefe del Estado Mayor Presidencial en virtud de sus conocimientos en buena medida sobre el protocolo y la elegancia.

Aquí nos vienen a la mente las consideraciones que hace Norbert Elias sobre el papel de la aristocracia cortesana en los siglos XVII y XVIII y sus funciones como configuradores y modeladores de pautas de comportamiento que distingan a las élites del resto de la sociedad. Así, nos dice que en la sede del señor concurren todos los hilos de una red de

interdependencias; se cruzan numerosas cadenas de acciones. Aquí el ceremonial de etiqueta tiene una gran importancia porque el monopolio de los ingresos y la violencia física, aún tiene un carácter intenso de monopolio privado o personal. Sin éstas divisiones exactas, sin esta contención y distanciamiento diferenciado, que se da a través de normas de comportamiento específicas para cada grupo social, se produciría el desconcierto en el equilibrio de fuerzas de la sociedad. (Elias, 1989:).

La conservación del prestigio y el carácter aristocrático, que se presentan en las sociedades occidentales entre sus clases superiores, se expresa en México, a través de este estrecho círculo oligárquico; éste establece códigos sociales que entremezclan valores señoriales y burgueses, como también sucedió en Europa.

"La coacción que ejerce sobre el individuo el hecho de ser miembro de una clase "acomodada", y la necesidad de seguir perteneciendo a ella, es tan fuerte y tan modificadora, como la coacción que deriva de la simple necesidad de buscarse el sustento. Las dos motivaciones constituyen una especie de cadena doble e irrompible que aprisiona a los pertenecientes a estas clases; el primero, el prestigio, implica el miedo a la pérdida del mismo y la lucha contra la desaparición de las diferencias sociales". (Elias, 1989: 480-481)

La importancia que tiene para la clase alta una regulación estricta del comportamiento, deriva de que se trata de un instrumento de prestigio pero al mismo tiempo de un medio de dominación. (Elias, 1989: 516)

El prestigio y el sentido de pertenecer a un círculo exclusivo y cerrado es de importancia vital por lo menos para ciertos sectores de la élite.

Aunque el código penal castigaba los duelos como un delito, éstos por motivo de honor, se multiplicaron en el régimen porfirista, involucrando a diputados, senadores, periodistas y miembros de la élite. (Valadez, 1977: 61-65 V. III)

La familia es una institución muy importante y exaltada como valor fundamental. En la vida económica y en la política los lazos familiares resultan fundamentales. Las empresas integraban a miembros de la familia: los hijos se incorporaban a los negocios paternos, así como tíos y sobrinos. Desde luego que al desarrollarse y complejizarse la economía, con el surgimiento de las sociedades por acciones y otras instancias, se van despersonalizando las relaciones.

Pero podemos ver a través de fuentes tan diversas, como los testamentos o las reseñas de sociedad, la importancia que se da al mantenimiento de la unidad familiar.

El matrimonio es una institución importante. La élite por lo general se empareja con miembros de su misma clase social. En el caso de la familia Escandón, ésta se liga por vínculos matrimoniales con los Buch, los Cuevas, los Mier, los Cusi, los Fagoaga, los Amor.... incluso era frecuente el matrimonio entre parientes cercanos: Vicente Escandón y Garmendia se casa con su sobrina Guadalupe Arango Escandón, después el hijo de ambos Manuel Escandón Arango se casa con su prima hermana Guadalupe Escandón y Barrón; el hermano de ésta, Eustaquio Escandón y Barrón se casa en segundas nupcias con su prima hermana una Landa Escandón. (Patrón que repite una pauta cultural que viene desde la élite colonial). [13]

"Cuidase con rigidez la indisolubilidad del vínculo matrimonial y se tiene a los amores ilícitos, no como faltos a la razón, sino como peligro para el régimen de la sociedad

conyugal. Por eso si son llevados con el debido comedimiento, agrega, nadie los censura; pero si traspasan los límites de la moderación, la sociedad se convierte en fiscal terrible.

Y como se condenan los amasiatos, grande es el desdén (y se le priva de todos los derechos) a los hijos de esos amores. A la viudez se le considera como estado natural y se estima como alegría impura el que una viuda vuelva a contraer nupcias. Al divorcio se le hace reflejo satánico..." (Valadez, 1977:28-29 V.III)

Desde luego las reglas en este sentido se diferencian para el hombre y la mujer, la cual a su vez está sujeta a una normatividad que diferencia a las mujeres "decentes" de las que no lo son. Y entre las decentes, la mujer de sociedad se distingue de las de clases subalternas mediante códigos definidos claramente en formas de vestir, de hablar de conducirse....

Es imprescindible la fotografía familiar. El grupo deja impresa en la placa el porte de su distinción, el decir de sus costumbres, la señal de su clase social, la elegancia de sus trajes. (Valadez, 1977: 20-V.III). La fotografía refleja además un orden jerárquico al interior de la familia, no se trata de retratar imágenes naturales, espontáneas, sino escenas cuidadosamente estudiadas en las cuales cada personaje ocupa un lugar particular.

La religión ha sido y sigue siendo un valor fundamental. La élite porfirista mantiene una actitud ambivalente frente a la Iglesia y la religión. Por una parte, un sector está implementando un proyecto de secularización, fundamentalmente en el campo de la educación, y una visión racionalista y científica del mundo. Por otro lado a nivel de la cotidianidad y la vida familiar, los valores, normas, y costumbres de la cultura católica muestran una capacidad de resistencia y permanencia al que el grupo dirigente no puede ser ajeno.

La política de conciliación de Porfirio Díaz con la Iglesia mantiene incólume la legislación emanada de la Reforma Liberal, pero en la práctica se muestra flexible, tolerante y establece una relación estrecha con la cúpula de la jerarquía eclesiástica. (Pérez Rayón, 1990)

Los "científicos" mantendrán la coexistencia pacífica entre sus concepciones racionalistas, positivistas, spencerianas y los valores religiosos tradicionales en aras del pragmatismo y con la confianza en que en el futuro y a través de la educación principalmente se iría ganando terreno contra la tradición y el fanatismo.

Los grupos de la élite, aquellos con tendencias mas señoriales y aristocratizantes, y en particular los hacendados conviven con obispos y arzobispos y apadrinan las fiestas religiosas de carácter popular. Las señoras hacen gala de su religiosidad en constantes misas y rosarios.

Sólo una minoría liberal recalcitrante mantiene una actitud anticlerical y clama por la vigencia real de las leyes de reforma; pero se trata sobre todo de sectores de clase media o de minorías intelectuales.

Vinculada con la religión hay un valor que se refuerza entre las élites y es el de la caridad. Las familias pudientes se sentían en la obligación de destinar alguna parte de su fortuna a obras de caridad. Así surgen diversas fundaciones en este período que van a sostener hospitales para indigentes, orfanatorios, asilos...

La riqueza y aún la ostentación de la riqueza no era considerada en términos negativos, sino todo lo contrario.

Los Escandón recordaban con orgullo el lujo extravagante de su abuelo Eustaquio Barrón y sus viajes principescos; aunque hacían gala de una actitud de desdén señorial por el dinero "entendían del arte de hacer dinero como una actividad placentera". (Diario del Marqués de Villavieja, 1938:12-14).

Cabe señalar lo que sobre la riqueza planteaba Gabino Barreda, el introductor del positivismo en México y uno de los pilares en que se fundamentó la filosofía de la educación en el Porfiriato.

La riqueza, el capital, es para la civilización industrial el principio e indispensable instrumento del progreso. El reparto de la riqueza fue un ideal que pudo haber cabido en el período teológico de la historia, pero en ninguna forma en el positivo. Sólo mirando la propiedad privada desde el punto de vista teológico, era posible desaprobarla. Considerándola como un obstáculo para alcanzar la vida eterna. En el período positivo esta posición es inaceptable, pues la riqueza formaba el principal instrumento del progreso. Se trataba de reglamentar la propiedad y no destruirla, de humanizar a los ricos y no transformarlos en pobres. [14]

En la nación, continúa el autor, hay pobres y hay ricos. Ponerse a favor de los pobres es tratar de provocar el desorden. La riqueza es el instrumento de progreso social y ésta se halla en manos de un determinado grupo de individuos llamados ricos; hay que dejarla donde está; lo único que debe interesar a esta sociedad es que dicha riqueza sirva al progreso social. La riqueza como instrumento que es del progreso, debe ser protegida por el Estado. En cuanto a la desigualdad que provoca dicha riqueza lo más que puede hacerse es apelar a la responsabilidad de los ricos. No se puede atacar a la riqueza, porque tal cosa sería cortar y acabar con todo estímulo y con ello, con todo progreso.

En la élite porfirista encontramos dos sectores con actitudes diferentes frente a la educación y la cultura. Un sector interesado en las ciencias sociales, economía, administración, sociología, "los científicos tecnócratas y o humanistas": literatos, poetas, abogados, economistas y administradores..., y otra parte de la oligarquía que no se interesaba en hacer de sus hijos profesionistas o cultivar en profundidad algún arte o alguna ciencia.

La paz, la lealtad, la amistad, la importancia de la familia, la religiosidad, la caridad ... coexisten con la secularización, el positivismo y el darwinismo social. Para la élite el espíritu del Siglo XIX optimista y confiado se prolonga algunos años más.

El poder desde el poder: la visión elitista del Estado y la política; el mito liberal y la influencia del positivismo spenceriano.

La élite se veía a sí misma perfectamente legitimada como vanguardia del progreso, minoría de la inteligencia, rica por derecho propio, y con la capacidad y la sabiduría necesaria para dirigir al país como portadores del progreso y la civilización.

Si este proceso requería sacrificar temporalmente ilusos sueños democráticos y libertarios, este era un precio que debía pagarse para alcanzar el desarrollo material y la paz requerida para un futuro mejor.

El objetivo de la política científica: una administración centralizada fuerte, conducida por una élite tecnocrática y orientada hacia el desarrollo económico capitalista, era asumida sin objeciones. (Hale, 1990)

Las concepciones liberales se entremezclaban con el nuevo pensamiento positivista para justificar la dictadura y el régimen de privilegio. En particular la corriente del darwinismo social tuvo un fuerte impacto al dar un referente científico y "moderno" a prejuicios tradicionales que sobre las clases populares mantenían los sectores dominantes.

Común entre la élite es la imagen del trabajador campesino o urbano flojo, borracho, lujurioso, al que no hay que aumentarle el sueldo, pues eso solo serviría para alimentar y promover sus vicios...; por otro lado se tiene la imagen del patrón, padre benevolente, capaz de perdonar o castigar o en su caso premiar la fidelidad de un trabajador o su labor cumplida.

Con el proceso de modernización económica la relación entre el patrón y sus empleados sufre alteraciones en tiempos y grados diversos; pero se apunta la tendencia hacia una relación más distante y profesional entre el capital (hacendado, minero, industrial, gerente del ferrocarril...) y el trabajo.

El liberalismo desarrollista, o liberalismo conservador, cargado de positivismo, que llega al poder como ideología dominante a fines del siglo pasado demandaba un gobierno fuerte, autoritario que garantizara la paz y la estabilidad requerida por el crecimiento económico y la inversión nacional y extranjera.

El liberalismo se convierte en un mito que atraviesa las clases sociales, un mito unificador suficientemente atrayente tanto para los campesinos, los trabajadores, la clase media y las élites científicas y opositoras o revolucionarias. [15]

El positivismo que preparó y justificó ideológicamente la dictadura y el régimen de privilegio tuvo que convivir con este mito. De ahí que junto con los símbolos de orden y progreso, se festejara y glorificara la imagen del más famoso de los liberales Benito Juárez, con el apoyo y beneplácito oficial.

Las bases de este proceso de centralización del poder las siembran Benito Juárez y Lerdo de Tejada desde los tiempos de la República Restaurada (1867-1876), pero Porfirio Díaz las consolida plenamente.

Así pues los liberales victoriosos se dedican a construir una máquina política en la que el ejecutivo dominaba a los poderes legislativo y judicial; el gobierno central a los estados; el poder presidencial concentra canales de información y mecanismos de decisión. Díaz silenció el conflicto Iglesia-Estado, el de conservadores y liberales y los derivados de tensiones entre sectores liberales. El Estado estimuló el orden y el progreso (por medio de servicios, puertos, drenajes, diversiones), subsidió ferrocarriles y alentó la educación, en las ciudades al menos, con una orientación positivista.

La educación era para un sector de liberales en el poder, el instrumento a través del cual se podría regenerar al indígena y civilizarlo. Había otro sector que no sentía capaz al indígena de regenerarse, para ellos la mejor solución eran los inmigrantes y la colonización europea.

La élite porfirista desarrolla un patriotismo nacionalista y centralizado que difiere del patriotismo popular y liberal con el que también coexiste. (Knight, 1985: 59-92)

La política de conciliación de Díaz que abarcó a los antiguos conservadores y a la Iglesia fue transformando la visión que los antiguos sectores aristocratizantes tenían de Díaz y sus generales tuxtepecanos, cuya educación y formas de comportamiento chocaban en un principio a las familias "decentes y pudientes" de la década de 1870 y 1880.

El matrimonio de Don Porfirio con Carmelita, al que ya nos referimos, va a jugar un papel fundamental en estas alianzas; la educación y el refinamiento de la señora presidenta transformaran física y culturalmente al caudillo, modificando sus pautas de comportamiento y urbanidad.

El retrato de Díaz y la visión de Manuel Escandón sobre su forma de gobernar son un testimonio que ilustra el nivel de consenso que Díaz llegó a alcanzar entre la élite:

"Nosotros reconocíamos en él al único hombre que podía establecer el orden en el terrible caos que era el país y Díaz sentía la necesidad de ser apoyado en su nueva tarea por las "mejores familias españolas" que tenían vastos intereses en México.

No es mucho decir que Porfirio Díaz llevó a la nación al pináculo de su grandeza... El se ha incorporado al número limitado de inmortales cuya grandeza constituye el principal esplendor de la historia de la humanidad. De origen humilde se ha elevado a un poder que rara vez alcanza un hombre. El ha usado ese poder noblemente" (Marquez de Villavieja, 1938; 69-70).

Nos hemos referido ya a la influencia que el darwinismo social ejerció en la ideología de los grupos dominantes en este período. La conciencia de la superioridad de ciertos sectores minoritarios de la población ya no se justificaba en función de un derecho divino o por la sangre azul sino por explicaciones "científicas" que tenían que ver con características biológicas que posibilitan un mayor grado de inteligencia y capacidad para ocupaciones creativas, empresariales, políticas que redundaban en forma natural en riqueza y don de mando.

Alan Knight al hacer un análisis sobre las causas que conducen al levantamiento revolucionario señala entre otras lo que denomina la dimensión moral de las revueltas. Estas ocurren no solo cuando las condiciones económicas se deterioran y cuando la resistencia parece valer la pena, sino también cuando "lo malo de los tiempos" engendra una clase de agravio moral que conduce a la resistencia. Cuando se llega al cuestionamiento profundo de la legitimidad del orden establecido o de los cambios que se han provocado en el mismo. (Knight, 1986: 158-163)

Bajo Díaz en particular en los últimos años del régimen amplios sectores sociales sufrieron deterioro en su situación económica y su capacidad de influir en los acontecimientos, se hizo todavía más exigua. Pero para que este proceso culminara en rebelión tenía que ser acompañado no sólo por oportunidades tácticas de protesta y revuelta, sino también haber engendrado sentimientos profundos de injusticia y agravios. Esos sentimientos eran subjetivos, estaban condicionados por circunstancias particulares. La pobreza y la opresión pueden ser aflicciones viejas y familiares pero en algunas circunstancias pueden ser percibidas particularmente gratuitas y ofensivas, no necesariamente donde son más agudas, sino más bien ahí donde los dirigentes son considerablemente indiferentes a sus subordinados, ahí donde los abusos carecen de justificación aparente. No es la explotación, per se sino una explotación nueva, arbitraria e injustificada en sus vidas diarias lo que provoca resistencia. (Knight, 1986: 165-166)

Las bien documentadas actitudes de la élite (racista, dogmática, autoritaria...) por lo menos exacerbó las privaciones materiales; aunque hay quienes llegan más lejos y sugieren que las preocupaciones por el status y la autoestima y autorespeto son todavía más fundamentales y más capaces de provocar resentimientos cuando son infringidas. Los recuentos orales son sugestivos de ese resentimiento: contra supervisores,

discriminación racial, abuso sexual, el poder de la hacienda para contratar y despedir a voluntad, la pérdida de la independencia personal asociada a la pérdida de la tierra. [16]

Hacia el presente, algunas reflexiones...

En el México del siglo XX la Revolución Mexicana (1910-1917) ha sido considerada como el parteaguas fundamental en el proceso histórico contemporáneo. Mientras algunos estudiosos enfatizan las líneas y elementos de ruptura entre el México porfirista y el post revolucionario, otros autores destacan las tendencias a la continuidad en fenómenos políticos, sociales, económicos y culturales.

En particular, en cuanto al ámbito propiamente cultural, a partir de la década 1920 se desarrolla un movimiento que se orienta hacia la búsqueda de una identidad nacional renovada, que gira en torno a ejes centrales tales como la recuperación del pasado prehispánico y la valoración de la gesta revolucionaria en su vertiente popular. Este fenómeno encontró formas de expresión en el arte y la literatura y conformó una ideología política: el nacionalismo revolucionario.

Hoy en día se cuestiona la posibilidad de hablar de una identidad "nacional" o una "cultura nacional", la validez y funcionalidad del "nacionalismo revolucionario", así como también se rescatan valores asociados al desarrollo modernizador o modernismo desarrollista y a las ideologías neoliberales.

Las élites del presente, entendidas como aquellos sectores de la sociedad que concentran el poder a través del control de los medios generadores de riqueza, los mecanismos de dominación política y los canales culturales -educación, medios de comunicación de masas...- son objeto de análisis por sí mismos y por su capacidad de influir en la conducta y en las conciencias de los otros sectores que conforman la sociedad.

Comparar la vida cotidiana, los valores y actitudes de las élites en diversos períodos históricos es siempre un ejercicio interesante. El presente ensayo se ha limitado a exponer algunos planteamientos que nos permitan identificar y conocer mejor a la élite del porfiriato; consideramos que ello nos permitirá ubicar y contextualizar más adecuadamente las líneas de continuidad y ruptura que caracterizan el desarrollo histórico en nuestro país.

Las tendencias, que ya se perfilaban hace un siglo, en relación con la influencia de los patrones culturales externos, se han acentuado con el desarrollo de los medios de comunicación de masas y el proceso de globalización actual de la economía y la amplia apertura hacia el exterior. Si en el porfiriato Francia e Inglaterra dictaban la ruta, hoy en día los Estados Unidos encabezan el modelo a seguir. Con la formación de bloques económicos y el Tratado de Libre Comercio la penetración cultural será necesariamente más intensa.

Al referirnos al presente hablamos de élites y no de élite, pues este sector social aunque minoritario asume mayores niveles de diferenciación y especificidad.

En el porfiriato, y sobre todo en sus últimos años, se dio una compenetración entre políticos, empresarios e ideólogos cuya expresión más acabada se evidencia con el grupo conocido como los "científicos". El grupo poseía una formación y visión cosmopolita y a la vez positivista, obtenidas en ocasiones en el extranjero o en instituciones nacionales; esta tecnocracia porfirista fue desplazando a los viejos políticos fogueados en la negociación política y el compromiso. [17]

Con la Revolución se dio una separación de funciones entre la élite gubernamental y la élite empresarial que durante muchos años configuró una característica importante del sistema político mexicano. No obstante, en los últimos años en particular, se contemplan tendencias que nos remiten a ese pasado prerrevolucionario: el proceso de acercamiento e integración de las élites políticas y económicas e incluso ideológicas; el peso creciente de la tecnocracia en los círculos gubernamentales; la fuerte presencia del exterior en la formación académica de la alta burocracia mexicana en donde son tan frecuentes ya los posgrados en el extranjero.

También el período porfirista se caracterizó, como el México contemporáneo, por la estabilidad política. El orden y la paz social (aunque relativa) representaron valores legitimadores del régimen de Díaz durante muchos años. La paz del PRI es un valor legitimador fundamental. El porfiriato se mostró al final incapaz de controlar el descontento de amplios sectores sociales a través de cauces institucionales y brotó la violencia. La élite porfirista en general, no tuvo conciencia de estar sentada en un polvorín, las fiestas conmemorativas del Centenario fueron testigos de su seguridad en sí mismas y en su futuro.

Por otra parte, el proceso de secularización que acompaña a la modernización no es necesariamente unilineal. En el caso mexicano la religión católica ha seguido teniendo un peso fundamental en la conformación del esquema de normas y valores de la mayor parte de la sociedad y de sus élites. En la última década la presencia de la Iglesia en el ámbito social y político así como el proceso de acercamiento entre esta institución y el Estado nos recuerda un proceso similar que se dio el último cuarto de siglo XIX.

Valores como la familia, la amistad, el compadrazgo, la lealtad, el honor... siguen normando relaciones sociales en un contexto distinto; sin comprenderlas adecuadamente no entenderemos las pautas culturales que inciden decisivamente en los procesos de desarrollo. [18]

El análisis de temáticas referentes a la mentalidad, la cotidianidad, los valores, en fin la cultura de un pueblo es un fenómeno complejo. Su análisis requiere la contemplación de múltiples variables que incluyen desde luego la estructura social y los niveles locales y regionales pero van más allá si se pretende cuidar las generalizaciones y profundizar contenidos. Es un campo de investigación fértil apenas abonado.

CITAS:

[*] Profesora-Investigadora, Departamento de Sociología, UAM-A., Coordinadora del T.G.A., División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-A.

[1] Elias propone estudiar el cambio social en dos direcciones: analizar los cambios estructurales que llevan a una mayor diferenciación e integración o viceversa; analizar los procesos sociales que cambian la estructura de la sociedad o de sus aspectos parciales pero en dirección distinta a las anteriores y por último analizar los numerosos cambios que se dan en las sociedades que no van acompañados de transformaciones en sus estructuras. Ver Elias, 1989:9-46.

[2] Para un desarrollo de los principales planteamientos teóricos del autor. Ver Maffissoli, 1985, 15-41.

[3] Romero hace un recorrido histórico en el que partiendo del siglo XI toma como eje conductor la génesis, desarrollo y consolidación de la mentalidad burguesa y los valores

asociados con ella, hasta su apogeo y crisis, que el autor sitúa en la Primera Guerra Mundial. Romero, 1989.

[4] Cabe recordar que la fe en el progreso cimentada en los avances de la ciencia y la tecnología en el siglo XIX fue una fuerza motivadora y un ideal a alcanzar en toda las sociedades occidentales.

[5] A más del consumismo descarado, de la exhibición ostentosa tan decisiva en una sociedad capitalista en ciernes, el arriesgarse en el juego, el compartir la emoción de las carreras y las apuestas fuertes según los sociólogos Elias y Dunning son fenómenos típicos de la búsqueda de emoción en sociedades "apáticas". Citado por Beezley, 1987.

[6] En los días de banquete los menús eran fantásticos: cosmommé;, poisson tartare; bouche montglas; filet de boeuf au petit pois; jambon au gelée; galantine; langue; dinde truffé; salade russe; café deserts". (Valadez, 1977:23 V: II) Ver también De la Barra, 1979 que reseña los menús diarios comunes en las familias de la élite.

[7] Era sabida y comentada la fuerte atracción que sobre los miembros de la élite masculina ejercían las artistas de teatro "Las aves de codicia pasaban en revuelo por las puertas del Palacio de los Azulejos, y los cazadores impacientes mandaban a sus "halconeros" a perseguir a la presa... miembros del Jockey Club... banqueros y comerciantes sin club fijo, también hicieron sus calaveradas con ídolos de telón adentro. Parecía que el foro tenía imán para los señorones y señoritingos..." (De María y Campos, 1989:68).

[8] Reseña un diario capitalino una "cacería de gangas" en honor del Presidente Porfirio Díaz organizada en la Hacienda de la Soledad en el D. F. "Seis pajes vestidos a la moda Luis XIII tocaron en trompas de caza sones y piezas alusivas al igual que en Europa" (El Nacional), 25/X/1892:1-2.

[9] Ninguna colonia de residentes extranjeros en París contaba con tantos millonarios y archimillonarios como la mexicana según se desprende de información periodística. (El Tiempo 15/X/1892 1).

CITAS:

[10] Los hermanos Escandón y Barrón compraron un castillo en las afueras de París Chateau Coubert que contaba con 502 Has. (Seine Marne). Su propiedad era vecina a la del Barón de Rothschild. (Esc. Not. 43, 4/V/1895:P.12/Fs.687-695 1er. Sem. y Marqués de Villavieja, 1938).

[11] Las festividades populares tradicionales permitían una libertad de acción temporal de vestimenta, de palabra y de reunión que se referían a un mundo que aparecía vulgar, rudo y amenazante para esas élites mexicanas educadas en la Ilustración, el liberalismo y finalmente el progreso positivista. El humor popular y sus parodias revertiendo el orden social (como las quemadas de Judas por ejemplo) amenazaban el orden y el progreso demandados por el México moderno, Ver Beezley, 1987:123-124).

[12] Ver Molina Enríquez, 1981:136 para una descripción y definición de este sistema de amistad personal.

[13] Para información sobre patrones culturales familiares de las élites en diversos períodos históricos ver Kicksa, 1986; Ladd, 1984; Balmori et. al., 1984; Walter, 1991; Cardoso Comp., 1980; Cerrutti, 1983; Collado, 1987; Pérez-Rayón, 1989.

[14] Gabino Barreda. Informe presentado a la Junta Directiva de Estudios", en Opúsculos discursos, p. 120, cit. por Zea, 1981:116-117 y 127.

[15] Ver Knight, 1985:59-92 y Hale, 1990 para interpretaciones el significado del liberalismo en el porfirato y la vinculación liberalismo-positivismo.

[16] Con los años los dirigentes del México porfirista fueron minando las bases de su legitimidad de la que en gran parte dependían a falta de un aparato represivo amplio y eficiente.

[17] Las elecciones para gobernador en los últimos años de régimen son un ejemplo claro de estas tendencias y sus consecuencias. Por ejemplo los casos de Morelos y Sinaloa. Para un análisis documentado de estos procesos y tendencias, ver Guerra, 1988:V:II.

[18] Para una visión actual sobre los valores de los mexicanos basada en información de encuestas y estadísticas ver, Alducin, 1985.

BIBLIOGRAFIA:

Alducín, Enrique (1985) Los valores de los mexicanos. Entre la tradición y la modernidad, B.N.M., México.

Alberro, Solange (1989) "El protagonista de lo rutinario cotidiano" en Ramírez, E. Coord., Imágenes de lo Cotidiano, D.S.H., UAM-A.

Balmori, Voss y Wortman (1984) Notable family metiworks in Latin America, University of Chicago Press, U.S.A.

Beezley, H. Williams (1987) Judas at The Jockey Club, University of Nebraska, U.S.A

Braudel, Fernand (1989) La historia y las ciencias sociales, Alianza Editorial Mexicana, Madrid-México.

Cardoso, Ciro Coord. (1978) Formación y desarrollo de la burguesía en México, Siglo XXI, México.

Casanova, Gustavo (1971) Seis siglos de historia gráfica 1325-1925. Ed. Gustavo Casanova, S. A., V. III.

Cerruti, Mario (1983) Burguesía y capitalismo en Monterrey 1850-1910, Ed. Claves Latinoamericana, México.

Collado, Ma. del Carmen (1987) La burguesía mexicana, el emporio Braniff y su participación política 1865-1920, Siglo XXI, México.

De la Barra, León (1979) Los de arriba, Ed. Diana, México.

Elias, Norbert (1989) El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, F.C.E., México.

González Navarro, Moisés (1990) Historia Moderna de México. La vida social, Ed. Hermes, México.

Guerra, Francois X (1989) México: del Antiguo Régimen a la Revolución, F.C.E., México.

Guerra, Jorge (1974) "El arte en México de la segunda mitad del siglo XIX a la primera década del siglo XX" en Historia de México, V. 8, Salvat, México 181-208.

Hale, Ch. La transformación del liberalismo en México afines del S. XIX, Ed. Vuelta, México.

Kicksa, F (1986) Empresarios coloniales. Familias y negocios de la Cd. de México durante los barbones, F.C.E., México.

Knight, Alan (1986) The Mexican Revolution, Cambridge University, England, 2 Vs.

Knight, Alan (1985) "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución (una interpretación)", en Historia mexicana, El Colegio de México, Vol. XXV: 1, pp. 59-92.

Ladd, Doris (1984) La nobleza mexicana en la época de la Independencia, 1780-1826, Univ. of Texas Austin, U.S.A.

Maffisoli, Michel (1985) La connaissance ordinaire, Librairie des Meridiens, Paris.

Marqués de Villavieja (1938) Life has been good: Memoirs of the Marqués de Villavieja, Chatto-Windus, London.

Molina Enríquez, Andrés (1981) Los grandes problemas nacionales (1909) Ed. Era, México.

Pérez-Rayón, Nora (1990) "Las relaciones Iglesia-Estado durante el Porfiriato", Avances de investigación No. 52, UAM-A, México.

Pérez-Rayón, Nora (1989) "La formación y desarrollo de la burguesía en México durante el Porfiriato, los Escandón Barrón y los Escandón Arango" en Sociológica, UAM-A-, México, enero-abril 1989.

Romero, José Luis (1989) Estudio de la mentalidad burguesa, alianza Editorial Mexicana, México.

Valadez, José (1977) El Porfiriato historia de un régimen, UNAM, México.

Walker, David (1991) Parentesco, negocio y política. La familia Martínez del Río en México 1823-1867, Alianza Editorial Mexicana, México.

Zea, Leopoldo El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia, F.C.E., México.

Fuentes documentales

Archivo de Notarías de la Ciudad de México, Libros de Notarios 22, 43, 57, 292 y 617 (1882-1910).

Diario manuscrito de Pablo Escandón y Barrón inédito.

Periódicos

El Nacional, 25/X/1892
El Tiempo, 15/X/1892
El Imparcial, marzo 1909